
LA SEPARACIÓN TEMPRANA DE LA MADRE Y SUS EFECTOS EN EL DESARROLLO SOCIO AFECTIVO DEL NIÑO

Molina Plata, Kenny Zinaida

RESUMEN

Desde el momento de la concepción, cuando se acepta responsablemente la maternidad, comienza un proceso de adaptación a este nuevo ser; cuando nace, es importante enseñarlo progresivamente a comprender lo maravilloso que es compartir, interactuar y aprender significativamente todo lo que acontece. Es así, que las madres son las encargadas de proporcionarles a los hijos las condiciones de bienestar, protección, afecto, salud y educación, entre otras. Sin embargo, En ese afán actual de buscar las mejores condiciones económicas posibles o por el simple hecho de prestar más atención en diversos factores externos, las madres suelen descuidar cada uno de los aspectos mencionados al principio y delegan su responsabilidad a los maternos, o los Hogain, dejando la formación de sus hijos a cargo de otras personas.

El papel que juegan las madres en la formación de los hijos es trascendental para el desarrollo de la autonomía del niño, ellas deben garantizar el pleno desarrollo de las potencialidades de este, dentro de un clima de armonía y solidaridad en el hogar y en el maternal.

En efecto, el desarrollo socio-afectivo del niño es un proceso evolutivo, en donde son insertados progresivamente a la sociedad donde viven. Proceso que supone la formación de vínculos afectivos, la adquisición de valores, normas y conocimientos sociales, el aprendizaje de costumbres, roles y conductas que la sociedad transmite y exige cumplir a cada uno de los miembros y la construcción de una forma personal de ser. De ahí, que el niño recién nacido en condiciones indefensas dependa y necesiten de la ayuda que les preste el grupo social, sean éstos los padres u otros; pero de manera determinante la hará la atención y el vínculo que desarrolle con la madre.

Palabras Clave: desarrollo social y afectivo, separaciones tempranas, madres, hijos.

EARLY SEPARATION OF MOTHER AND ITS EFFECTS ON EMOTIONAL CHILD DEVELOPMENT PARTNER.

Molina Plata, Kenny Zinaida

ABSTRACT

From the moment of conception, when responsibly accepts motherhood begins a process of adaptation to this new being, when it is born, it is important to gradually teach it to understand how wonderful it is to share, interact and learn from everything that happens significantly. So, that mothers are responsible for providing their children welfare conditions, protection, affection, health and education, among others. However, in the current effort to find the best possible terms or simply pay more attention on various external factors, mothers often neglect each of the aspects mentioned at the beginning and delegate responsibility to maternal, or Comprehensive Care Centre, leaving the education of their children by others.

The role of mothers in the upbringing of children is critical to the development of the child's autonomy, they must ensure the full development of the potentialities of this, in an atmosphere of harmony and solidarity in the home and maternal.

Indeed, the socio- emotional development of children is an evolutionary process, where they are gradually inserted into society where they live. Process that involves the formation of emotional bonds, acquisition of values, norms and social skills, learning habits, roles and behaviors that society transmits and required to comply with each of the members and the construction of a personal way of being. Hence, the newborn dependent child defenseless condition and need of assistance to pay their social group, whether parents or others, but a decisive role in attention and will develop the bond with the mother.

Keywords : social and emotional development, early separations, mothers, children.

DESARROLLO SOCIO AFECTIVO DEL NIÑO

La familia constituye el sitio de apoyo y seguridad que le permite al niño definirse como individuo y donde tiene la posibilidad de desempeñar diferentes roles. Es por ello, que la presencia de la madre, representa un modelo para él, por cuanto los comportamientos que éste manifieste serán determinados en gran medida por la influencia del entorno o del medio ambiente: la intimidad del hogar, la escuela, entre otros, lo cual, más adelante, es decir, en la vida adulta, estará condicionado por el clima afectivo que le hayan proporcionado en la crianza.

El niño necesita de un cálido ambiente de socialización, en el que la figura de la madre y el padre serán el modelo a seguir. Al respecto Meneses (citado por López y Fuentes 1999), expresa que: “este consiste en un proceso de adquisición de actitudes, habilidades, conocimientos y valores que permiten al niño adaptarse al ambiente sociocultural en que vive y desempeñen ciertos roles” (p. 192). Según lo planteado por el citado autor, destaca que en dicho proceso se evidencia la formación del niño con actitudes, aptitudes y valores, así como la interacción positiva con los compañeros, la empatía y por ende la sociabilidad y adhesión a los grupos, de allí, la importancia que tiene el entorno donde se desenvuelva el niño; de lo contrario desarrollará conductas no operativas como: la timidez, el negativismo, el egoísmo, la rebeldía, la rivalidad, inclusive la agresión.

El ser humano desde el momento del nacimiento, depende de la ayuda que le preste el grupo social para la supervivencia, pero a la vez posee una enorme capacidad de aprendizaje e interés por los estímulos sociales, los cuales le ayudaran a resolver sus necesidades biológicas, emocionales, interpersonales vinculándose y adaptándose al entorno. Esta nueva incorporación de conocimientos sociales influyen, en el desarrollo moral afectivo, el aprendizaje comportamental y la adquisición de una identidad personal. En este complejo proceso de desarrollo socio-afectivo, intervienen diversos factores tales como: el entorno, las motivaciones intrínsecas, la familia, la educación y lo más importante y trascendental el vínculo afectivo materno-filial.

Si bien es cierto, que en el desarrollo socio-afectivo del niño intervienen factores internos y externos, éstos son efectos cualitativos de la interacción de ambos factores; es decir, la relación inseparable del significado de los estímulos y del contexto y a la vez la interacción con las personas o grupo social (padres, hermanos, familiares, amigos, entre otros), tienen una importancia decisiva, de la cual no sólo dependen los vínculos afectivos y sociales, sino el propio desarrollo de los procesos superiores, al posibilitar éstos la construcción e internalización por parte del individuo del conocimiento de sí mismo, de las cosas, las personas, las relaciones, instituciones, valores, normas, costumbres, roles y símbolos sociales.

En virtud de lo anterior, López (1985) señala:

Los vínculos afectivos mediatizan, todo el desarrollo social porque las personas queridas son las más observadas, imitadas, respetadas y obedecidas, convirtiéndose en importantes modelos para la socialización debido a que son modelos impregnados de afecto, y por ello, fundamentales en el aprendizaje y desarrollo social (p.34).

De modo que, el niño mediante la convivencia y el diario compartir con el grupo social: familia, modela y adquiere conocimientos que le permiten construir e internalizar una visión del mundo. Información que le ayudará a interpretar y crear el contexto de una manera positiva o negativa, según sus vivencias. Todo ello, a través del lenguaje, verbal y gestual.

Por estas razones, el vínculo afectivo representa para el niño el factor primordial en la formación integral. Es a la madre a quien se le atribuye mayor capacidad de brindarle seguridad, mediante una actitud afectiva, donde demuestre todo el interés por el pequeño y éste, pueda tener un sentimiento de pertenencia, la sensación de estar protegido y generar en él confianza y estabilidad en el psiquismo.

Al respecto, Bjore y Baer (citado por López y Fuentes 1999) expresan:

La madre al alimentar, limpiar, entre otros, al niño o a la niña, será discriminada como la ocasión y el lugar para la adición de reforzadores positivos o la sustracción de reforzadores negativos. Por lo tanto, la madre es discriminativa, como un estímulo, de los procedimientos de reforzamiento que fortalecen la conducta operante, por esto adquiere ella misma la función de reforzadores positivos y establece las bases para el desarrollo social posterior del hijo. (p.298).

Por tal motivo, la figura materna constituye para el niño fuente necesaria para reducir la tensión, satisfacer los cuidados biológicos, además de asociarla con sensaciones agradables como el contacto físico, el calor, la vocalización y con ello estímulo constante de refuerzos positivos al motivar la vinculación. Así pues, un importante aspecto a destacar, es la interdependencia entre el modelo interno de la madre y el modelo de sí mismo. Los niños que han vivido una historia afectiva con una figura materna cariñosa y que responde contingentemente a las demandas, desarrolla elevadas expectativas positivas.

En tal sentido, una adecuada relación materno-filial propicia un autoconcepto de valoración, sentimientos de seguridad, autoestima, salud física y psíquica, buena comunicación con los demás y empatía, lo que favorecerá y repercutirá en las futuras relaciones afectivas y sociales.

Sin embargo, hoy día se puede observar como la madre se desprende de los hijos, en algunos casos ignorando los efectos que tienen las separaciones tempranas en los primeros años de vida y la angustia inimaginable que sufren los niños. Esta ruptura del vínculo materno-filial, ya sean temporarias como definitivas, generan consecuencias en el desarrollo de la personalidad, observándose en el corto plazo, a través de cambios inmediatos en la conducta o más tardíamente en el largo plazo, mediante alteraciones emocionales que perturban definitivamente el funcionamiento de la personalidad de los adultos.

Dicho de otro modo, las madres han delegado el rol a cuidadoras y los niños son llevados a maternales o cuidados diarios pasando largas horas allí al servicio de personas extrañas para él donde no se le brinda afecto, convirtiéndose ésta situación en una amenaza para el bienestar emocional, que indiscutiblemente desencadenará en un proceso de inseguridad en el niño.

Lo antes descrito, es producto además de los constantes cambios a que está sometida la sociedad, en donde la madre de cualquier estrato social y profesión, se ha visto en la necesidad de asumir gran cantidad de responsabilidades que le exigen afrontar, sacrificar la familia y por ende la atención que demandan los hijos, así como también el interés desmedido por el consumismo, desplazando la sagrada tarea de

criar y formar un ser humano. Es por ello, que Bowlby (2003), recomienda: “Es esencial para la salud mental que el bebé y el niño pequeño tengan una relación íntima, cálida y continua con su madre en la que los dos encuentren alegría y satisfacción” (p.50).

De allí, se presume que las separaciones tempranas sufridas por algunos niños, causen efectos irreversibles en la formación de la personalidad, los cuales derivan en estrés psicológico, desmotivación, baja autoestima, introversión, deterioro en la salud física y psíquica, inseguridad, agresividad, conflictos en el manejo de relaciones interpersonales.

En el curso de la vida todo niño está inmerso en diversas relaciones interpersonales importantes. El primer vínculo y sin duda el más trascendental es el que enlaza al niño con la madre y este comienza desde la concepción pues la misma durante el embarazo le proporcionará al niño los cimientos que constituirán una buena parte del desarrollo emocional, pues cabe destacar que las emociones intervienen en todos los procesos evolutivos: en el procesamiento de la información, en el desarrollo de la comunicación, en la organización del apego, en el desarrollo moral, en el conocimiento social, entre otros y pueden considerarse la principal fuente de las decisiones que se toman a lo largo de la vida.

Dentro de esta perspectiva, en el cuidado del niño por la madre es el amor materno el que proporciona al lactante las raíces de la vida emocional que se hallan situadas en la lactancia y la primera infancia, mediante las conexiones existentes sistemáticamente entre los acontecimientos de los primeros años de vida que serán la estructura y la función de la posterior personalidad. Así pues, las investigaciones de Freud coinciden en la vital importancia de una relación estable y permanente con la madre durante la niñez, y de la necesidad de esperar que llegue un cierto nivel de maduración, antes de emprender intervenciones como una separación, por diversas causas propias de la dinámica social.

En efecto, el desarrollo socio-afectivo del niño es un proceso evolutivo, en donde son insertados progresivamente a la sociedad donde viven. Proceso que supone la formación de vínculos afectivos, la adquisición de valores, normas y

conocimientos sociales, el aprendizaje de costumbres, roles y conductas que la sociedad transmite y exige cumplir a cada uno de los miembros y la construcción de una forma personal de ser. De ahí que Balaban (2003) manifiesta que el niño recién nacido en condiciones indefensas depende y necesita de la ayuda que les preste el grupo social, sean éstos los padres u otros; pero de manera determinante lo hará la atención y el vínculo que desarrolle con la madre.

Lo anterior evidencia, la trascendencia que tiene para el niño el vínculo de apego, al hacer referencia básicamente a la madre, debido a que esta responde a una de las necesidades humanas más fundamentales: la necesidad de sentirse seguro, de sentirse protegido, con la espalda cubierta, en otras palabras, es la persona incondicional, confiable y capaz de proporcionarle amor, bienestar y salud.

Ahora bien, si un niño en la primera infancia goza del amor y la compañía de la madre, crecerá sin exagerada presión debida a una ansiedad y sin una propensión demasiado intensa al odio. Si no posee dicho amor, ni dicha compañía, es muy probable que la ansiedad sea elevada, lo cual significa que busca constantemente amor y afecto y que mostrará una tendencia a la agresividad hacia aquellos que no se lo proporcionan o que le parezca que no se lo dan, al surgir en el niño un conflicto o ambivalencia.

De manera que, reconociendo la importancia del desarrollo afectivo del niño en cuanto a la salud física López y Fuentes (1999) expresan que abarca los aspectos del desarrollo, de la personalidad comprendido éste como los cambios continuos desde la concepción hasta la adolescencia, se tiene que el mismo se ve influenciado y en algunos casos afectado por diversos factores como la herencia y la crianza (el medio ambiente, y el entorno), por lo que determinan de alguna manera la formación de personas que se convertirán en adultos sanos y felices.

De acuerdo con lo anterior, se hace necesario seguir de cerca el desarrollo de los vínculos afectivos del niño, en especial el de la madre, desde el nacimiento en adelante, por cuanto permitirá la comprensión del desarrollo socio-emocional del mismo y a la vez evidenciar como éstos juegan un rol fundamental en

la explicación de porqué algunos niños crecen felices y seguros de sí mismos, otros ansiosos y deprimidos, mientras que otros fríos, agresivos y antisociales.

Sin duda, el vínculo que une al bebé a la madre es el apego, al ser ésta la unión de una conducta de tipo instintiva, surgida en el curso de la evolución de la especie, por el innegable valor de supervivencia y el cual es un elemento que viene dado por las relaciones de parentesco biológico o político entre los miembros de una familia. Entendida ésta como el sistema de relaciones donde subyacen los vínculos maternos – paternos – filiales y el apego a los padres son elementos esenciales de la familia.

Por tanto, López y Fuentes (1999) expresa que: “el apego es una respuesta a las necesidades humanas más fundamentales: la necesidad de sentirse seguro y protegido con personas disponibles y eficaces” (p.56) Pues bien para que estas necesidades sean satisfechas de manera adecuada, las personas necesitan de unas condiciones que les permita desarrollarse en un ambiente de bienestar.

Por otra parte, Yela (citado por Bowlby 1998) afirma que el amor tiene la función de contribuir a la salud psíquica del niño, por cuanto lo inicia en comportamientos, conductas y valores tales como: compartir, afiliación relaciones interpersonales, protección, estabilidad y seguridad, intimidad, apoyo emocional, entrega, compañía, visión optimista del mundo, refuerzos básicos atención, prestigio y reconocimiento social, autoestima y la reducción de ciertas inquietudes psicológicas (soledad, ansiedad, temor a estar solo en la madurez y en la vejez), no sentirse diferente a la mayoría y la transición de un estatus psicosocial a otro; socioculturales, transmisión de normas.

EFFECTOS DE LA SEPARACIÓN TEMPRANA DE LA MADRE

Desde una perspectiva psicoanalítica, el vínculo infantil tiene fundamento biológico en la conducta de apego. El apego que se inicia a partir del momento en el que la madre percibe en los primeros meses de gestación los movimientos fetales; situación en la que establece una relación con un objeto externo, aunque dentro del cuerpo. De esta manera, comienza una comunicación íntima y sublime entre la madre y él bebe, en el que sólo los movimientos del niño y los estímulos que le proporcione

la madre crearan los nexos o vínculos afectivos que continuaran en el nacimiento. Asimismo, el niño buscará la forma de atraer el afecto y atención de su progenitora, mediante el llanto, expresiones faciales de ternura, gritos, entre otros. Al respecto, Millar (citado por Araya 2003) expresa:

Desde aproximadamente los dos meses de edad, el niño comienza a desarrollar su capacidad para ejercer un control sobre el medio. Hay que hacer notar, sin embargo, que una cosa es que el niño controle el medio a través de su conducta y otra distinta que perciba el control que de hecho ejerce. (p.116).

Por supuesto, esto último es posterior y genera un conocimiento esencial en la formación de los rasgos motivacionales de la personalidad. Si el niño tiene la sensación de que el medio es incontrolable, es decir, que haga lo que haga los resultados serán siempre negativos, puede caer en estados de desamparo o indefensión, con bajo nivel motivacional, disposición negativa cognitiva, ansiedad y depresión. De allí, la importancia que el niño perciba la sensación entre las acciones y consecuencias que ellas generan en el medio, al ser la madre la figura con mayor disposición para atender las demandas.

De lo anterior, se desprende que a medida que los niños crecen las relaciones significativas se amplían más allá del importante apego hacia las madres. Desde este vínculo estrecho con la progenitora, el niño se abre a una serie de nuevas relaciones sociales que le permitirá desarrollar los recursos afectivos y habilidades sociales en el maternal. Según, la teoría de Erikson (citado por Ríos 2004) el niño pasa por diferentes etapas, o crisis, las que determinan las características y calidad de las interacciones sociales, le permitirán desarrollar características propias que estructurarán la personalidad.

La primera etapa propuesta por la Teoría Eriksoniana es la confianza contra la desconfianza; el autor afirma que, durante el primer año de vida, el lactante se encuentra en el desgarrador dilema de confiar o desconfiar de las cosas y la gente que lo rodean. El sentido de confianza se desarrolla si las necesidades del lactante son satisfechas sin demasiada frustración, si se le satisface la necesidad de alimentación, de cuidados de estimulación. Un ambiente de confianza determina también el

desarrollo de la confianza en el yo propio y la seguridad en sí mismo. El sentido de desconfianza se revela a través de una actitud temerosa, introvertida o angustiada. La virtud de esta etapa es el logro de esperanza, ella significa saber desarrollar un sentimiento de confianza básico en el mundo.

Segunda Etapa: Autonomía contra vergüenza y duda. En el área socioemocional los niños se encuentran en constante lucha con ellos mismos y con los demás. Desde la cercana vinculación que mantienen los niños de dos años con los encargados surge un nuevo sentido de autonomía, esta se moviliza en la convicción de que ellos pueden hacer eso (cualquier cosa que eso sea). Se vuelven menos dependientes, menos aferrados a sí mismos, quieren empezar a ser autónomos, con una fuerza emancipadora. Por ejemplo, quieren vestirse solos, quieren comer solos o quieren que mamá les suelte la mano en la calle.

A tal efecto, si se les pide hacer algo que no le parece muestra la autonomía diciendo con fuerza "no", pero luego el desarrollo del sentido oral les lleva ya a los tres - cuatros años a adecuarse con empatía a las reglas, por supuesto que en el intento mientras se ha opuesto con un "no" rotundo a las órdenes de mamá, o mientras insisten es desplazarle la mano a la mamá cuando esta trata de alimentarlo, sienten duda, pues de alguna manera se desafía a la madre, a quien considera fuente primaria de afecto y protección, y esto lo grafica con toda claridad al ver a un niño que llora porque la mamá lo ha dejado sólo en el maternal.

Por tal motivo, en la vida maternal los niños y las madres, deben ser capaces de construir relaciones afectivas que no atenten contra el sentimiento de seguridad construido previamente en familia. Algunas alteraciones del desarrollo socioemocional, se manifiestan en trastornos socioemocionales específicos, que en la edad inicial pueden señalarse como ansiedad excesiva, angustia de separación, agresividad, cuadros de enuresis, encopresis, alopecia, entre otras.

Es así, que los niños con este trastorno presentan una gran dificultad y angustia en la separación de las figuras afectivas más cercanas, preocupación exagerada y persistente en los posibles daños que pueden sufrir las personas más vinculadas a él o temor de que se vayan y no regresen, por lo que es frecuente que estos niños sientan

gran temor y preocupación de que una catástrofe provoque una separación entre él y la persona a la cual se encuentra vinculado; es decir a la madre o temor a perderse.

Debido a esto, el sueño puede presentar alteraciones en especial para dormirse, al presentar pesadillas repetidas sobre el tema de la separación, necesitan compañía para conciliar el sueño. También se puede encontrar quejas de síntomas físicos (cefaleas, gastralgias, náuseas, vómitos, que se presentan los días de escuela o en otras ocasiones en las que se prevé una separación de las figuras a las que el niño está vinculado) o signos recurrentes o quejas de malestar excesivo cuando se produce la separación del hogar o de las figuras más vinculadas al niño, por Ej: pataletas o gritos, súplicas a los padres para que no se marchen; deseo de volver a casa, necesidad de llamar a la madre cuando está ausente o cuando el niño se encuentra fuera de la casa.

Cabe destacar, que desde la antigüedad el pilar fundamental de la sociedad, es el concepto de familia, el cual, más allá de una definición específica, no ha estado exenta de las transformaciones sociales y culturales, mediada por los procesos socio-históricos en los cuales se ha visto inserta en los distintos escenarios de la humanidad y en donde reside el origen de los vínculos afectivos y las funciones de protección y apoyo se mantienen activa a lo largo de todo el ciclo vital. Además, la familia es la mediadora en las relaciones que las personas mantienen con los demás agentes de socialización. Al respecto, López y Fuentes (1999) afirma:

En realidad, la familia suele condicionar los amigos que se tienen y la relación que se mantienen con ellos, la escuela a la que se va; los estudios que se hacen, la profesión a la que se accede, la cantidad y forma en que se relacionan los niños con los medios de comunicación, adquieren las creencias fundamentales sobre el sentido de la vida, las capacidades relacionales básicas, los códigos de comunicación, los valores y actitudes.

Ahora bien, las interacciones tempranas del niño serán en primer lugar con la madre quien constituye el eje central a partir del cual el niño organiza el mundo y se desarrolla. Por lo tanto, la representación mental que el niño genera a partir de las

primeras experiencias de interacción, marcan notablemente la evolución posterior y la competencia en las relaciones interpersonales y en las relaciones sociales en general.

Para Bowlby (2003), existiría en los padres una disposición a brindar cuidados que los inclinaría hacia la atención del bebé. Si el curso de los acontecimientos es normal, el progenitor experimenta deseos de cuidado: abrazar al niño, consolarlo, protegerlo, alimentarlo. Esta disposición puede verse interferida por las experiencias infantiles de los padres. Los malos tratos o frustraciones sufridas cuando niño predisponen a brindar un maltrato al hijo o a alterar la conducta de cuidados. De allí, la importancia de los vínculos afectivos con los progenitores, pues los mismos reducen tensiones, satisfacen necesidades biológicas y promueven la formación de sentimientos hacia la figura de apego y hacia sí mismo.

Por tanto, los niños que han vivido una historia afectiva con una figura materna cariñosa y que responde a tiempo las demandas de seguridad, desarrollan expectativas positivas, un modelo de los demás como personas responsables en las que se puede confiar y un modelo de sí mismos como aceptados, positivamente valorados y competentes a la hora de dar afecto a los demás, lo que generará y fortalecerá la identidad y autoestima.

En virtud de lo anterior, es menester mencionar que el vínculo afectivo evoluciona a partir de la confianza básica y el desarrollo de la autonomía, la cual le permite al niño explorar el mundo desde una base segura y luego desarrollar las virtudes, como afirma Erickson (1963):

Los niños necesitan alcanzar un equilibrio entre confianza (que les permita formar relaciones íntimas) y desconfianza (que les permita protegerse) si predomina la confianza, los niños desarrollarán la virtud de la esperanza, la creencia de que ellos puedan satisfacer sus necesidades y alcanzar sus deseos. Si predomina la desconfianza, los niños verán el mundo como algo hostil e impredecible y tendrán problemas para relacionarse. (p.249).

De este modo, la madre es la persona más indicada para establecer y fortalecer la confianza, elemento que a través del cuidado, las atenciones y el afecto propiciará el control sobre el propio comportamiento para ajustarse a las experiencias sociales,

es decir, el autocontrol permite relacionar aspectos del desarrollo físico, cognoscitivo y emocional, dando paso a la autodeterminación, en donde el niño alcanza la maduración física, ser capaz de caminar, comer y vestirse, éstas experiencias le llevarán al desarrollo cognoscitivo, pues absorberán la información del entorno y a la vez conseguirán la aprobación de las personas más importantes de la vida y al mismo tiempo la independencia.

Al partir de los supuestos anteriores, el niño continuamente y junto con el crecimiento cognoscitivo desarrolla el autoconcepto, sustentado este en las habilidades y capacidades, la acumulación de información (perspectiva cognitiva) y la interacción con la figura de apego (madre), que sin duda le proporcionará alivio a las incomodidades, expresadas a través del llanto, así como la estimulación de juego, diversión, con lo cual el infante construirá una relación afectiva intensa, al respecto Empson y Nabuzoka 2006 señala: “Su preferencia innata por el contacto humano, por la voz humana, por estímulos visuales como los que concurren en el rostro humano, le orientan hacer los cuidadores con preferencia” (p.233). Así pues, el niño va definiendo unos sentimientos de eficacia personal y al mismo tiempo afianza la conciencia de sí mismo.

Si bien es cierto, que el desarrollo socio afectivo del niño va a depender en gran medida del desarrollo de la confianza, la cual crece y se afianza con la figura de apego (madre); el desarrollo social será el producto de las características específicas propias del infante y de los agentes socializadores. Es decir, la socialización es un proceso interactivo entre la familia, la escuela y la cultura en general. Por ello, hablar de las características personales del niño es hablar de las influencias familiares, puesto que no se puede sobrevivir sin ayuda, además que las mismas están marcadas por la intensidad y creencias, las cuales determinan las futuras relaciones.

REFERENCIAS

- Araya V. (2003). *Psicología evolutiva*. (1a. ed). Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- Balaban, N. (2003). *Niños apegados, niños independientes*. Madrid. España: Editorial Nancea.
- Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida: El apego*. Barcelona: Paidós
- Bowlby, J. (2003). *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid, España: Editorial Morata
- Corkille, Briggess, Dorothy. (1998). *El niño feliz*. Barcelona, España: Editorial Gedisa,
- Empson J. y Nabuzoka D. (2006). *El desarrollo atípico infantil*. España: Ediciones CEAC.
- Erikson, E. (1963). *Infancia y Sociedad*. New York: Norton.
- López, M. y Fuentes, J. (1999). *Desarrollo socioafectivo y social*. México: Trillas.
- Papalia, D. (1999). *Psicología del desarrollo*. México: McGraw-Hill.
- Ramos, M. (2006). *Valores y autoestima*. Caracas: Editorial San Pablo
- Rios, P. (2009) *Psicología. La aventura de conocernos*. Caracas: Editorial COGNITUS.